

camente de un simulacro de ejercicio para el caso posible de un incendio. Todos respiramos, pero el susto fue mas que mediano.

El 29, á las ocho y media de la noche pasamos la línea equinocial; diferentes movimientos inusitados que habíamos advertido durante el día, me hicieron temer que se nos preparaba alguna chanzoneta poco agradable; pero no fue así, y todo se redujo á que los marineros echasen un guante entre los pasajeros, y á beber champaña á la salud del capitán.

1.º de mayo. La salida del sol fue magnífica. El cielo, como ya lo habia observado muchas veces, presentaba un aspecto extraordinario. Por mi parte, apenas me acosté pues deseaba estudiar los efectos de las nubes, qué en nada se parecen á lo que se ve en otras partes. Muchas veces, en medio de un cielo trasparente y sereno se deja ver una nube opaca, casi negra. Sobre una de esas nubes espantosas vi por la primera vez la constelacion de la Cruz del Sur, únicamente visible en el hemisferio austral; la estrella polar habia desaparecido algunos dias antes, y ¡ay! muchos de nosotros estaban destinados á no volver á verla: este pensamiento me entristeció sobremanera toda aquella noche. Al contemplar aquellas nuevas estrellas, pude apreciar mas al vivo la distancia que me separaba de los séres que habia dejado al otro lado del Atlántico, y con quienes me proponia reunirme en breve. Sumido en estas reflexiones y proyectos, fija la vista en el horizonte, creí ver formarse una nueva nube próxima á reemplazar la que acababa de atravesar el espacio; mas, como tambien me parecia entrever algunas aves, dupliqué mi atencion. Ciertas apariencias de árboles se destacaban en el fondo del cielo á manera de puntos oscuros que flotaban en los aires. Púseme en pie con la respiracion anhelante. No, no me engañaba: tenia á mi vista las costas de América: aquellos puntos negros eran las copas de las palmeras, cuyos troncos estaban esfuminados y como borrados por los vapores.

«¡Tierra! ¡tierra!» A este grito, todos los huéspedes del buque, débiles, aburridos y fatigados se lanzaron al puente, mas resueltos y animosos esta vez que si se tratara de salvarse de un gran peligro. Poco á poco las palmeras se hicieron mas perceptibles, pero no habia montañas, no habia segundo término en aquel cuadro. Una diminuta vela que parecia salir de las olas se dirigia hácia nosotros, pero tan solo una vela, y nada nos indicaba cuál era su punto de apoyo, pues ningun barco se veia. En vano discutiamos acerca del particular. Esas son *rengadas*, me dijo un marsellés que hacia veinte años que habitaba en Buenos-Aires. Vais á ver cuán sólido es eso, aunque no se ve. Efectivamente era muy sólido. Una media docena de vigas, atadas unas á otras,

formaban una especie de balsa, una especie de banco en cuyo centro se elevaba el mástil, y hé aquí todo. Es verdad que con tales embarcaciones se puede zozobrar, pero en cambio presentan la ventaja de que en ellas se tienen los pies siempre metidos en el agua, y muchas veces algo mas que los pies. ¿Sabeis, caballero, me dijeron, que esos mocetones serian capaces de ir hasta Lisboa, si se les pagase bien?—¡Bah! respondí, eso es una fanfarronada, porque ¿cómo lo harian?—¿Cómo? de la manera mas sencilla: ¡costeando!... Al oír esto, no pregunté mas: estaba convencido.

Nos acercábamos á Fernambuco, y pronto echamos anclas; pero era imposible ver la ciudad, construida en una llanura. Solo un bote fue destacado para que llevase á tierra algunos despachos, pues á nadie le ocurrió la idea de trasladarse á ella en las hermosas embarcaciones del país que he descrito, sobre todo al ver que el mar pasaba por encima de las rocas.

Nada digno de mencion nos ocurrió desde Fernambuco á Bahía, y solo vimos ballenas, diferentes pájaros de los trópicos y algunos peces voladores. Al llegar de noche á Bahía la lluvia caía á torrentes, y una densa niebla ocultaba parte de la ciudad. Muy lejos me hallaba de estar satisfecho, pues nada de cuanto veía me hacia formar una idea de lo que esperaba ver en el Brasil. Desembarcamos. En tierra nada ofrecia un aspecto pintoresco: negros, siempre negros, que gritaban, bullian y se empujaban unos á otros. Los trajes no presentaban originalidad alguna: pantalones sucios, camisas sucias, pies cubiertos de lodo, y por lo regular tan abultados como los del elefante, á causa de la horrorosa enfermedad llamada *elefantiasis*. Siempre habia oído decir que para ver hermosas negras era preciso ir á Bahía. En efecto, vi muchas de buen aspecto; pero la poblacion negra hervia en las estrechas calles de la ciudad baja, donde los comerciantes franceses, ingleses, portugueses, judíos y católicos vivian en medio de una atmósfera inficionada. Apresureme á salir de aquel hormiguero, trepando con dificultad como en Lisboa, por una ancha calle que conducia á la ciudad alta. Allí, al pasar por delante de un jardín, vi por primera vez un pájaro-mosca que revoloteaba sobre un naranjo, y que me pareció un presagio venturoso: él me reconcilió conmigo mismo y con mis esperanzas; él fue el primero que en realidad me anunció el Nuevo-Mundo.

La bahía de Rio-Janeiro.—El paisaje.—Las calles.—Las cucarachas.—Carta de recomendacion.—Los trages negros.

Tres dias despues, el 5 de mayo, entramos en la magnífica bahía de Rio-Janeiro. Un comerciante francés con quien habia entablado relaciones mas

estrechas que con los demás, me describió con vehemencia el rico panorama que se desplegaba á nuestra vista. El lo admiraba todo, pero yo era mas lento en mis emociones, porque nuestras impresiones no podian ser las mismas. Los recuerdos que me perseguian hacian algunas veces que me pareciese negro lo que á él se le presentaba con color de rosa. Casado con una mujer hermosa, dueño de una fortuna debida á su trabajo, y que aumentaba de dia en dia, iba á reunirse con su familia, en tanto que yo habia dejado la mia, y no podia distraerme de mis pensamientos, ni por el trabajo á que estaba acostumbrado, ni por la contemplacion de las maravillas y de ese *quid* desconocido que habia ido á buscar.

«¡He ahí á Botafogo, me decia, he ahí el hospital! Esta pequeña montaña que avanza en el mar, y en la que veis esas casitas tan lindas y enteramente cubiertas por toda especie de árboles, es el paseo de la Gloria. Ese grupo de casas blancas y de color de rosa, es el arrabal de San German de Rio-Janeiro; mirad ese gran acueducto, y mas allá Santa Teresa, sitio muy sano. Id á hospedaros allí, pues en esa eminencia no es temible la fiebre amarilla. A este lado, sobre ese peñasco y en la misma ciudad, tenéis el Castel, que es, como podeis ver, el lugar en que se colocan las señales, pues se anuncia la llegada de los buques mucho antes de que entren en el puerto.

Todos estos detalles adquirian por momentos mayor interés para mí: muy diferente era aquello de Bahía. Así, poco á poco me dejaba arrastrar por el entusiasmo de mi huésped, que me enseñaba con orgullo los mas pequeños pormenores, explicándomelos á medida que pasábamos por delante de los objetos. El sol no era de oro sino en Rio-Janeiro; el aire no exhalaba perfumes sino en Rio-Janeiro. Por lo que respecta á esta segunda ventaja, habia concebido con mucha razon algunas dudas. Nos acercábamos á un muelle donde muchos negros llevaban ciertos objetos equívocos sobre los cuales revoloteaban centenares de gaviotas. ¿Qué buscaban estas aves, ó qué atractivo tenian para ellas aquellos pobres negros y sus fardos?

Mi guía, que me daba todas las noticias necesarias para mi completa instruccion, me habia hecho ya conocer el peñasco conocido por todos los navegantes, y que con mucha propiedad lleva el nombre de *Pan de azúcar*, y tambien el *Corcobado*, desde donde se descubre el país á gran distancia; y como me admiraba al ver en su cima una parte blanca que, sin embargo, no podia ser nieve, me dijo que habiendo ocurrido muchos casos desagradables á algunos viajeros que atravesaron por allí una especie de grieta, el gobierno habia mandado levantar una muralla, y desde entonces los peligros habian desapa-

recido. Todos los que viajan por el Brasil, todos los que pasan por Rio-Janeiro suben al Corcobado para admirar la bahía.

Al fin el buque se detuvo; pero como no podia pensarse en llevar nuestros equipajes, cada cual hizo un pequeño lio de lo que podia serle indispensable durante dos ó tres dias, porque el resto debia ser trasladado á la aduana. Las barcas y los botes nos ofrecian por todas partes sus servicios. Al desembarcar en unos grandes escalones de piedra, estuve á punto de caer en el agua. Desde allí se entra en la calle Direita, habitada en parte por comerciantes portugueses, y donde se hallan la aduana y la administracion de correos. En las aceras estaban sentadas las negras mas hermosas que he visto en mi vida, y cuya talla es tal, que pudiera tomárselas por una raza de gigantes. Lo que las hacia perder mucho á mis ojos es que muchas vendian vientres de vaca, que revolvan sin cesar. Desde la calle Direita se entra en la famosa de Ouvidor, que me recordó la calle de Vivienne, en París. Toda la poblacion se reúne allí para darse citas, y allí van las damas principales á lucir sus galas y su elegancia. Pero no era aquel todavía el momento oportuno para estudiar las costumbres del Brasil, pues ante todo debia pensar en hospedarme. Sabia de antemano que lo menos que esto me costaria serian 20 francos; pero estaba resignado á todo.

Al llegar á la fonda encontré con satisfaccion una regular comida; mas, ¡ay! el único cuarto disponible en mi obsequio no tenia por ventana sino un mezquino agujero. Hube, pues, de contentarme con una especie de calabozo para descansar de un mes de fatiga. En el Brasil, carecer de aire es sufrir el suplicio de los plomos de Venecia; es peor que experimentar la calma chicha debajo del Ecuador. A media noche, deseando huir del calor que despedia mi colchon, me acosté en un sofá de junco; pero allí me ví acometido desde el primer momento por ignorados enemigos. Ya me habia sido preciso pelear con los cínifes, que sin duda hubieran bastado para no dejarme dormir; pero esta vez se trataba de algo peor que ellos, pues mis nuevos sitiadores tenian trazas de ser bastante voluminosos. Quise saber con quién me las habia; pero al encender una bugía, muchos individuos provistos de antenas de una pulgada de largo y rápidos como una exhalacion, desaparecieron como por encanto, de modo que mis pesquisas fueron completamente inútiles. No obstante, apenas hube apagado la luz, el asedio empezó con mas ahinco. Entonces encendí una débil luz, y arrojándome súbitamente sobre la cama, aplasté sin piedad uno de los fugitivos. Mas ¿cómo pintar el asco que me causó el ver una cucaracha de la especie mayor, el mas aciago de mis recuerdos de viaje? Un buque

de guerra en que habia vivido por espacio de mas de un año, trajo del Senegal algunos individuos de dicha especie, que se multiplicaron de tal manera que el buque llegó á infestarse por completo. Mu-

chos años trascurrieron desde entonces, y no obstante siempre que ese recuerdo se presentaba á mi mente me estremecia de pies á cabeza; y hé aquí que en Rio-Janeiro volvia á ver esos insectos de horrible me-



Retrato del emperador del Brasil, segun el cuadro de M. Biard.

moría. La cucuracha iba á hacerme insoportable la vida. Parecióme lo mas sencillo pasar la noche sentado en una silla, y en esta triste posicion esperé el dia despues de haber iluminado mi cuarto con todas las materias combustibles que hallé á mano.

Al dia siguiente de mi llegada fuí á visitar á M. Taunay, cónsul de Francia, que tuvo la bondad

de darme una carta de recomendacion para el mayordomo de palacio, M. Pablo Barboza, á quien fuí á ver á San Cristóbal, á una legua de la ciudad. M. P. Barboza se mostró muy obsequioso conmigo, y me prometió presentarme á S. M. el emperador del Brasil, para quien yo llevaba excelentes recomendaciones; pero era preciso esperar algunos dias,

porque S. M. habitaba todavía en Petrópolis, residencia de invierno, es decir, de la época de los mas fuertes calores.

Entre tanto, recorrí la ciudad vestido con un tra-

je blanco como la nieve, que habia comprado en los almacenes de la *Belle-Jardiniere*; pero ¡cuán terrible fue mi humillacion al ver que todos me miraban como en otro tiempo se miraba en una ciudad de



Retrato de la emperatriz del Brasil, segun el cuadro de M. Biard.

Europa á un árabe con su albornoz, ó á un griego con su chaquetilla! En Rio-Janeiro, el color negro dominaba por completo. Los dependientes de almacén, escoba en mano, llevaban siete horas de la mañana levitas de paño. El blanco estaba desterrado en todas partes en el pais donde solo los criminales, segun me dijeron, debian ser condenados al suplicio del traje negro. ¡Creed y seguid los consejos!

Fácil es adivinar que me dominaba constantemente la idea de hallar una habitacion donde no me atormentasen las cucarachas. Trasládeme primero á una plaza adornada con una fuente magnífica y sobre todo muy original, pues en ninguna otra he visto tantos caños. Unos cincuenta negros y negras, que sin cesar gritaban, se agitaban y gesticulaban, podian llenar sus cántaros sin esperar demasiado

Atravesando muchas calles, me encontré en la orilla del mar, precisamente en el sitio donde había visto revolotear tantas gaviotas. Una mirada dirigida al pasar sobre lo que llevaban dos negros, me hizo reconocer lo que atraía aquellas astutas aves: sobre el muelle y en frente del mar había un vasto hospital.

Costeando el mar, pasé por bajo de una esplanada que terminaba en sus dos estremidades en unos pabellones: era el jardín público. Vehementes eran mis deseos de llegar á la cima de una pequeña colina sobre la cual veía una iglesia, hermosas casas y árboles. ¡Qué sitio tan oportuno para vivir en él! ¡Fronzosidad, sombra y el mar para bañarse! Pero busqué en vano: nada era allí alquilable. Después de la Gloria,—tal es el nombre de aquella colina,—recorrí el barrio del Cateto, donde vive toda la aristocracia de sangre y de dinero; lugar que pudiera llamarse el barrio de San German y la Calzada de Antin de Rio-Janeiro reunidos. Tampoco era aquel el sitio destinado á ofrecerme alojamiento. Desde allí pasé á Botafogo, á orillas del mar, y tuve ocasión de admirar edificios muy hermosos, entre otros la casa de Abrantes, generoso protector de las artes, según me dijeron; pero allí, como en los demás sitios, no podía prometerme cómoda habitación, lo cual me hizo comprender en resumen, que debía renunciar á mis ilusiones. Por otra parte, me hubiera sido indispensable comprar muebles, y tomar por criados un negro y una negra; así, pues, me pareció lo más oportuno pedir modestamente al dueño de mi fonda un cuarto con ventana.

Audiencia del emperador del Brasil.—E escursión por la montaña.—La gran cascada.—Trabajo y descanso.—Una interrupción memorable.

Empezaba ya á serme enojosa la ociosidad, y me proponía emprender sin tardanza mi viaje á Petrópolis, cuando supe que el emperador llegaba aquel mismo día á la capital. Al día siguiente por la mañana me trasladé al palacio de San Cristóbal, y á las once, M. Barboza me condujo á una galería de muy sencilla arquitectura. Habiéndome dicho que me sería preciso pasar por todas las ceremonias de la más minuciosa etiqueta, buscaba por todas partes un interlocutor, cuando ví salir desde el fondo de la galería y adelantarse hácia mí al mismo emperador, quien recibió con gran benevolencia las cartas que le presenté. Su Magestad tuvo la bondad de hablar conmigo bastante tiempo, y me sorprendió la profunda instrucción que descubrió durante esta audiencia, pues me pareció más noticioso de lo que pasa en Lapponia, Noruega y el Spitzberg que los mismos habitantes de dichos países. Su Magestad espresó el deseo de ver algunos bosquejos llevados por mí al Brasil, y

me instó para que aceptara una habitación en su palacio. Así, pues, dió la órden de que se me condujera á él, dejando á mi arbitrio la elección del aposento.

Al salir del palacio me apresuré á ir á la aduana, de la cual saqué mi equipaje con bastante trabajo.

El día convenido, el emperador vino á visitarme; el calor me había hecho conciliar un ligero sueño, y me levanté sobresaltado creyendo oír en sueños pasos precipitados: eran en efecto los del emperador, cuya bondad me hizo olvidar mis anteriores perances.

Los días siguientes continué visitando la ciudad. No obstante, no podía pasar por más tiempo mi vida recorriendo las calles. Mientras me llegaban diferentes datos que no encontraba, me decidí á salir de la capital para emprender algunos estudios de paisaje en una montaña llamada Tijuka, á pocas leguas de aquella. Para trasladarse allí es preciso primero valerse de un omnibus, y luego tomar mulas al pie de la montaña. Aconsejaronme que alquilase un negro, que llevaría mi baul, sin que yo tuviese que pensar en nada. Los negros depempeñan en Rio-Janeiro el oficio de mozos de cordel, y pertenecen á los que los alquilan. A pesar de estas seguridades me sentía muy poco inclinado á dejar mi baul á la casualidad, y resolví seguirlo á pie hasta encontrar las mulas. Todos aquellos á quienes comuniqué mi proyecto lo desaprobaron como á porfía, diciéndome que había perdido el juicio y que no llegaría vivo. Conviene advertir que el clima de Rio-Janeiro vuelve á los europeos tan perezosos como á sus mismos habitantes, y poco después de llegar al Brasil se enervan vencidos por el sol, se resisten á andar ó esperan á que llegue la noche para resolverse á dar un corto paseo. Véase por qué mi determinación de hacer una correría de algunos kilómetros en lo más recio del día parecía á todos un acto de incalificable temeridad, lo que no impidió que á las once partiésemos denodadamente mi negro y yo. Mi baul era pesado y después de media hora el pobre diablo parecía una estatua de bronce, dado que su piel había llegado á hacerse lustrosa bajo el sudor que inundaba todo su cuerpo. Yo, cubierto con mi parasol lo seguía fatigosamente, creyendo á cada paso que daba que podía ser muy cierto que había cometido un desatino, pues aquella marcha forzada, arrojando un sol á que todavía no estaba acostumbrado, empezaba á causarme desvanecimientos. Así anduvimos muchas leguas, y luego trepamos por una pendiente tan rápida, que convencido ya de mi temeridad tomé el buen partido de acostarme en una fonda que muy oportunamente se encuentra al fin de esta primera parte del camino. Al día siguiente por la mañana pagué á mi negro 2,000 reis, es decir algo menos de 6 francos; y después de comer medio á la inglesa,

medio á la brasileña, subí solo, libre y dichoso al ver que por primera vez podía correr hasta la noche, admirándolo todo y respirando á mi placer un aire fresco y casi frío, beneficio de que hacía mucho tiempo no disfrutaba. Al otro día dudé acerca de lo que debía pintar, y preparaba ya mis materiales cuando muchos de mis compañeros de viaje llegaron montados en mulas, para pasar el domingo en mi compañía. Todos estaban contentos y se mostraban emprendedores; pero más prudentes que yo, habían tomado el omnibus y no habían subido á pie la montaña. Monté á su ejemplo una mula, y bajamos alegremente para ir á ver la gran cascada. Desde el principio de esta escursión presentí lo que más adelante había de disfrutar. Por todas partes veía plantaciones de café, y delante de cada casa se extendía un espacioso terreno llano, parecido á las eras en que se trilla el trigo. A espaldas de inmensos peñascos no interrumpidos y de un color violáceo oíase el estruendo de un torrente, oculto por la exhuberante vegetación al través de la cual caminábamos. Una hora después de nuestra partida nos detuvimos en una barraca en que se hallaban todas las cosas imaginables, exceptuando las más necesarias. Dejamos allí nuestras cabalgaduras para penetrar en unos senderos completamente invadidos por la vegetación, y que serpenteaban entre los bananeros y cafetales, y pronto nos hallamos á la vista de la cascada. Un enorme peñasco desprovisto de toda planta, y sostenido tan solo por una piedra que dejaba ver el vacío debajo, se hallaba suspendido en cierto modo á la izquierda de la cascada, como para servirle de fondo. El agua, después de deslizarse de salto en salto, se detenía un instante sobre una parte llana en la que se formaban pequeños estanques que podían servir de baños sin el menor peligro; y más allá, encontrando una pendiente única, se despeñaba desde gran altura, pasando por las inmediaciones de muchas viviendas para llevar sus aguas al Océano. Marchando y examinando, vi un delicioso recodo, tapizado de plantas frescas, regado por aguas cristalinas y cubierto de sombra. Parecióme aquel un hermoso objeto de estudio, y lo dibujé. Habiendo dejado aquella noche mis huéspedes, volví á mi hospedería de la montaña lleno de alegría al pensar que mientras encontraba los bosques vírgenes, iba á tener asuntos de que ocuparme muy agradablemente quince días, porque lo que me rodeaba tenía por lo menos el mérito de la novedad.

Aquella misma noche me procuré víveres para mi desayuno, y á las seis de la mañana me eché á la espalda la mochila. Como el camino era largo y llegué terriblemente cansado, tomé un baño que me fue muy saludable. Durante todo el camino me entretuve en pintar, á la sombra de corpulentos árboles

y al agradable rumor de la cascada. ¡Había recordado la vida! ¡Era de nuevo pintor, y á mi vista se dilataba una naturaleza magnífica! Por la primera vez desde mi salida de Europa me sentía completamente feliz, y por primera vez también entablé relaciones con las hormigas, que se comieron parte de mi desayuno mientras trabajaba. A pesar de este pequeño inconveniente, ¡cuán hermoso fue aquel día! ¡Y cuán bien me prometía descansar al siguiente! Pero el hombre propone y Dios dispone. Terminada mi tarea, cogí mi saco y mi parasol. La subida me pareció muy larga, y de trecho en trecho encontraba algunos esclavos que me miraban llenos de asombro. ¡Era tan insólito el espectáculo que veían! ¡Un hombre libre, un doctor quizá, porque en el Brasil todas las profesiones tienen su doctor, un blanco abrumado por una carga! Muy al contrario sucedió cuando llegué á la puerta de la fonda; una extraña muchedumbre se agolpaba alrededor de un caballo montado por un correo galoneado de oro, que allí me esperaba. Imagine el lector el contraste. Por una parte, un correo del palacio imperial, y por otra, una especie de mozo de cordel. Mucho tiempo se hablará en la montaña de esta, al parecer, inexplicable aventura. Pero en fin, como después de todo el despacho venía dirigido á mí, Biard, caballero de la Legión de Honor, y este mismo nombre figuraba en el libro de los viajeros, era preciso reconocer que tenía el derecho de abrir mi carta, en la que se me hacía saber que S. M. la emperatriz deseaba que hiciese su retrato de cuerpo entero, con traje de gran ceremonia, y también los de sus altezas imperiales, las princesas Isabel y Leopoldina. Forzoso me fue despedirme de la cascada y de aquella hermosa vida de estudios que durante tanto tiempo había deseado, y que iba á dejar por mucho tiempo.

Un jefe de palacio.—El mercado.—Los pájaros.—La guardia nacional.—Concierto privado.—Paseos por el Castel.—Procesiones.

Volví á Rio-Janeiro, para dar principio lo más pronto que me fuese posible á los retratos de la emperatriz y las dos princesas. Todos los días iba á San Cristóbal, distante una legua de la capital, y las entrevistas se verificaban en la biblioteca del emperador. El traje de rigor era el negro; siendo difícil encontrar obreros que comprendiesen lo que me hacía falta, me veía precisado á extender mis lienzos por mi propia mano, vestido de etiqueta, después de explicar con mucho trabajo cómo se hacen los bastidores, porque, ignorando el portugués me era preciso dar mis indicaciones por medio de un intérprete, lo que me molestaba á cada paso. Por lo regular iba á pie desde la capital, estudiando el portugués en el camino, descansaba aquí y allí, sa-